

Los pueblos olvidados

Deshabitados de la provincia de Zaragoza

TEXTOS José Luis Acín Parlo

FOTOS José Luis Acín Parlo | Archivo Prames | Carlos Jil | J. Moncada

EN ESTA PÁGINA

Ruinas de la iglesia del antiguo convento de San Agustín en Belchite

“El pueblo sufría, desde hacía muchos años, una mala herida. Gente forastera, llegada de todas partes construía una presa para cortar el río; querían dominarlo, atarlo para producir electricidad, y el agua del embalse cubriría el pueblo y lo enterraría para siempre. Fueron unos tiempos muy duros, estremecedores, malditos. Nadie pensaba en la gente que se quedaba sin casa, sin saber adónde ir ni qué hacer. Mientras la presa crecía sin parar, noche y día, todo un pueblo angustiado luchaba a la desesperada para poder sobrevivir.”

Jesús Moncada, *Historias de la mano izquierda*.

LOS MOVIMIENTOS POBLACIONALES

A esta realidad, a este panorama desolador se llega por los movimientos poblacionales y por los cambios de habitación que, en algunos casos, el hombre ha realizado a lo largo de toda su historia, lo cual conlleva el abandono de muchos enclaves para dar lugar a la creación de otros nuevos, con mejores características y posibilidades —aprovechamiento de la tierra, facilidad de acceso, caída en desuso de los sistemas defensivos y de su función estratégica—, y en otros casos depende de una larga retahíla de causas que jalonan el devenir del hombre, desde su asentamiento en un lugar —tales como pestes y otras enfermedades, guerras, concentraciones urbanas, o débitos y endeudamientos—, hasta su muerte.

Circunstancias históricas y despoblados de épocas pretéritas, ya convertidos en yacimientos arqueológicos —con numerosos ejemplos en la provincia, como las poblaciones romanas, entre las que destaca Bilibilis o Celsa—, o en los denominados despoblados medievales, siendo buena prueba de esto último el despoblado de Cabañas, en las cercanías de La Almunia de Doña Godina, del que subsiste su iglesia románica —hoy ermita— de Cabañas con interesantes pinturas francogóticas en su interior. Una deriva agudizada desde finales del siglo XIX y, sobre todo, durante el transcurso de la pasada centuria, cobrando proporciones desmesuradas, en especial, a partir de la década de los cincuenta. Todos los pueblos, todos los deshabitados de las tierras aragonesas y, por tanto, zaragozanas, perdieron sus habitantes, y el alma que los mantenía vivos, en un escaso período de apenas treinta años, concretamente entre las décadas de los años cuarenta y setenta, con especial incidencia desde finales de los cincuenta y todos los sesenta.

Aragón en su conjunto ostenta el triste privilegio de ser una de las comunidades autónomas con más lugares deshabitados o abandonados. De esa situación no escapa la provincia de Zaragoza, si bien el número de pueblos deshabitados es menor, no llegando a la veintena de casos.

